

(Dice este al irse:)— ¡A pensar!  
 (Y aquel murmura:)— ¡A sentir!  
 (Uno:)— ¡A reir! ¡A reir!  
 (Y otro:)— ¡A llorar! ¡A llorar!

(Resumen:— ¿Qué es el vivir?  
 — SENTIR, uno. Otro:— CREER.  
 Este:— CREER Y SABER.  
 Y aquel:— NI CREER NI SENTIR.)

¿Qué es el mundo?— Lo que vemos.  
 ¿Y el saber?— Lo que se ignora.

Y ¿qué es Dios?— Lo que se adora.  
 ¿Y virtud?— Lo que queremos.

Y aunque más el pueblo alcanza  
 con su VIRTUD-ARMONÍA,  
 con su FE-SABIDURÍA  
 y con su DIOS-ESPERANZA,

Los sabios al escuchar,  
 ignora el pueblo qué hacer,  
 si ha de dudar ó creer  
 si ha de reir ó llorar.)



## DOLORAS

TERCERA PARTE

LXVII

### LA VERDAD Y LAS MENTIRAS

A FERNANDO ÁLVAREZ Y GUIJARRO

Cuando por todo consuelo,  
 un sacerdote, al nacer,  
 nos dice en nombre del cielo:  
 — Polvo es, y polvo ha de ser, —

Dicen, en coro armonioso,  
 el pecho de gozo lleno,  
 la nodriza:— Será hermoso;—  
 y la madre:— ¡Será bueno!—

Y luego, allá en lontananza,  
 gritan en acorde son:  
 — ¡Será feliz!— la esperanza;  
 y — ¡será rey!— la ambición.

Y yendo el tiempo y viniendo,  
 aquí, lo mismo que allá,

la religión va diciendo:  
 — ¡Polvo es, y polvo será!—

Con vanidad y codicia,  
 dicen, sin reir jamás:  
 — ¡Será un Cresol— la avaricia;  
 y el orgullo:— ¡Será más!—

Y exclaman con fiero acento  
 de todo saber en pos:  
 — ¡Será Homero!— el sentimiento;  
 y la razón:— ¡Será Dios!—

Y en tanto la religión,  
 al morir, como al nacer,  
 repite:— No hay remisión;  
 ¡polvo es, y polvo ha de ser!—

LXVIII

### LA AMBICIÓN

A un monte una vez subí,  
 y de cansado me eché;  
 mas luego que lo bajé,  
 de confiado caí.

¡Déjame, ambición, aquí  
 hasta morir descansando!  
 ¿Qué ganaré ambicionando,  
 si cuanto más suba, entiendo  
 que me he de cansar subiendo,  
 y me he de caer bajando?

## LXIX

## LOS GRANDES HOMBRES

De Yuste en el santuario,  
Carlos Quinto, Emperador,  
valientemente al calvario  
subiendo de su dolor,

Ver su entierro determina,  
cual resuelto capitán,  
doblado como la encina  
rota por el huracán.

Ya en el ataúd metido  
como en lecho sepulcral,  
cayó cual león herido  
que lleva el dardo mortal.

Y al tiempo en que se cayó,  
mirándole de hito en hito  
una vieja murmuró:  
— ¡Qué feo y qué viejecito! —

Y cuando la multitud  
cree que el grande Emperador  
está, más que en su ataúd,  
sepultado en su dolor,

Él, frunciendo el entrecejo,  
y fijo en tan vana idea,  
dice: — ¡Que soy feo y viejo?  
¡Ella sí que es vieja y fea! —

¿Qué le importará al cuitado  
más bello ó más joven ser,  
si esas cosas ya han pasado  
para nunca más volver?

Del *Dies iræ* el rumor  
ya consternaba el ambiente,  
y aun dice el Emperador:  
— ¡Habrà vieja impertinente! —

Mientras el canto bosqueja  
todo el horror de aquel día,  
al Rey la voz de la vieja  
el corazón le roía.

Y es cosa particular,  
no pueda un varón tan fuerte  
una burla despreciar,  
él, que desprecia la muerte.

Don Carlos siente iracundo  
el corazón hecho trizas,  
y el canto prosigue: — ¡El mundo  
se convertirá en cenizas! —

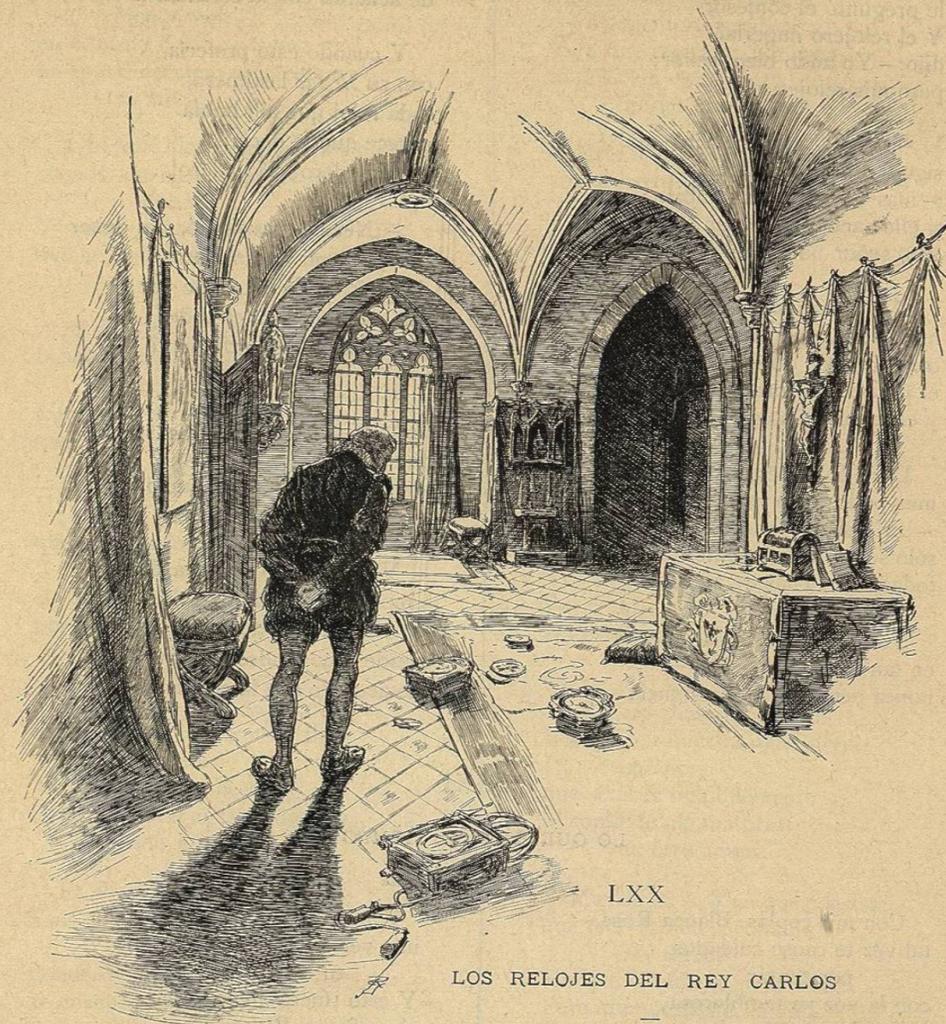
La vieja, del funeral  
oye entretanto el solfeo,  
como diciendo: — Sí tal,  
muy viejecito y muy feo. —

Y airado su Majestad  
sigue: — ¡Bruja del infierno! —  
y el canto: — ¡Por tu bondad  
librame del fuego eterno! —

Calla el coro; alza el semblante  
pálido el Emperador,  
surgiendo allí semejante  
á la estatua del dolor;

Y cuando el monje imperial  
vuelve á su celda apartada,  
mostrando algo de fatal  
en su frente devastada,

Por todo su ser refleja  
santa humildad, puro amor;  
tan sólo miró á la vieja  
con humos de Emperador.



LXX

LOS RELOJES DEL REY CARLOS

Carlos Quinto, el esforzado,  
se encuentra asaz divertido  
de cien relojes rodeado,  
cuando va, en Yuste olvidado,  
hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás  
con ojos de encanto llenos,  
y los hace ir á compás,  
ni minuto más ni menos,  
ni instante menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,  
el imperial relojero  
con avidez lo paraba,  
y al retrasarlo exclamaba:  
— Más espacio, ¡majadero! —

Si otro se atrasa un instante,  
va, lo coge, lo revisa,  
y aligerando el volante,  
grita: — ¡Adelante, adelante,  
majadero, más aprisa! —

Y entrando un día, — ¿Qué tal? —  
le preguntó el confesor.  
Y el relojero imperial  
dijo: — Yo ando bien, señor;  
pero mis relojes mal.

— Recibid mi parabién, —  
siguió el noble confidente;  
— mas yo creo que también,  
si ellos andan malamente,  
vos, señor, no andáis muy bien.

¿No fuera una ocupación  
más digna, unir con paciencia  
otros relojes, que son,  
el primero el corazón,  
y el segundo la conciencia? —

Dudó el Rey cortos momentos,  
mas pudo al fin responder:  
— ¡Sí! más ó menos sangrientos,  
sólo son remordimientos  
todas mis dichas de ayer.

Yo, que agoto la paciencia  
en tan necia ocupación,  
nunca pensé en mi existencia

en poner el corazón  
de acuerdo con la conciencia.

Y cuando esto profería,  
con su *tic-tac* lastimero,  
cada reloj que allí había  
parece que le decía:  
— ¡Majadero! ¡Majadero!...

— ¡Necio! — prosiguió, — al deber  
debí unir mi sentimiento,  
después, si no antes, de ver  
que es una carga el poder,  
la gloria un remordimiento. —

Y los relojes sin duelo  
tirando de diez en diez,  
tuvo por fin el consuelo  
de ponerlos contra el suelo  
de acuerdo una sola vez.

Y añadió: — Tenéis razón:  
empleando mi paciencia  
en más santa ocupación,  
desde hoy pondré el corazón  
de acuerdo con la conciencia.

## LXXI

## LO QUE HACE EL TIEMPO

A BLANCA ROSA DE OSMA

Con mis coplas, Blanca Rosa,  
tal vez te cause cuidados,  
por cantar  
con la voz ya temblorosa,  
y los ojos ya cansados  
de llorar.

Hoy para tí sólo hay glorias,  
y danzas y flores bellas;  
mas después,  
se alzarán tristes memorias,  
hasta de las mismas huellas  
de tus pies.

En tus fiestas seductoras,  
¿no oyes del alma en lo interno  
un rumor,  
que lúgubre á todas horas,  
nos dice que no es eterno  
nuestro amor?

¡Cuánto á creer se resiste  
una verdad tan odiosa  
tu bondad!  
Y esto ¡fuera menos triste,  
si no fuera, Blanca Rosa,  
tan verdad!

Te aseguro, como amigo,  
que es muy raro, y no te extrañe,  
amar bien:  
siento decir lo que digo;  
pero, ¿quieres que te engañe  
yo también?

Pasa un viento arrebatado,  
viene amor, y á dos en uno  
funde Dios;  
sopla el desamor helado,  
y vuelve á hacer, importuno,  
de uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,  
á su gusto se acomoda  
bien y mal;  
en él hasta herir es bueno,  
se ama ó no ama, aquí esta toda  
su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,  
cuando aun tiene la inocencia,  
su deber!  
Y ¡cómo, más adelante,  
aviene con su conciencia  
su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,  
buscando va en nuevos lazos  
otro amor?  
¡Sí! culpable como el viento  
que, al pasar, hace pedazos  
una flor.

¿Verdad que es abominable  
que el corazón vagabundo  
mude así,  
sin ser por ello culpable,  
porque esto pasa en el mundo  
porque sí?

Se ama una vez sin medida,  
y aun se vuelve amar sin tino  
más de dos.  
Cuán versátil es la vida!  
¡Cuán vano es nuestro destino,  
Santo Dios!

Él lleve tu labio ayuno  
á algún manantial querido  
de placer,  
donde dichosa, ninguno  
te enseñe nunca el olvido  
del deber.

Siempre el destino inconstante  
nos da cual vil usurero  
su favor:  
da amor primero y no amante;  
después mucho amante, pero  
poco amor.

Tranquila á veces reposa,  
y otras se marcha volando  
nuestra fe.  
Y esto pasa, Blanca Rosa,  
sin saber cómo, ni cuándo,  
ni por qué.

Nunca es estable el deseo,  
ni he visto jamás terneza  
siempre igual.  
Y ¿á qué negarlo? No creo  
ni del bien en la fijeza,  
ni del mal.

Este ir y venir sin tasa,  
y este moverse impaciente,  
pasa así,  
porque así ha pasado y pasa,  
porque sí, y ¡ay! solamente  
porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos  
de los fáciles amores  
con horror,  
si cuanto más las pisamos,  
más nos embriagan las flores  
con su olor!

El cielo sin duda envía  
la lucha á la tormentosa  
juventud;  
pues, ¿qué mérito tendría  
sin esfuerzos, Blanca Rosa,  
la virtud?

¡Ay! un alma inteligente,  
siempre en nuestra alma divisa  
una flor,  
que se abre infaliblemente  
al soplo de alguna brisa  
de otro amor.

Mas dirás: — ¿Y en qué consiste  
que todo á mudar convida? —  
¡Ay de mí!  
En que la vida es muy triste...  
Pero aunque triste, la vida  
es así.

Y si no es amor el vaso  
donde el sobrante se vierte  
del dolor,  
pregunto yo: — ¿Es digno acaso  
de ocuparnos vida y muerte  
tal amor? —

Nunca sepas, Blanca Rosa,  
que es la dicha una locura,  
cual yo sé;  
si quieres ser venturosa,  
ten mucha fe en la ventura,  
mucha fe.